

LOS NIÑOS MIMADOS en algunas novelas y relatos de Maupassant

Florence EMPTAZ

Hace dos años, en el transcurso de un coloquio en Fécamp, propuse una ponencia sobre Flaubert y Maupassant que se titulaba “Los hijos no deseados”. Como el título indicaba, mostraba de que modo, en ambos escritores, embarazos y maternidad eran vividos con frecuencia dolorosamente y me interesaban todas esas situaciones en las que un hijo no es bienvenido. Hoy, limitando mi estudio a Maupassant, quisiera observar otra categoría de hijos. No aquellos que son rechazados de algún modo por sus padres – y más particularmente por su madre -, sino por el contrario aquellos que son deseados, mimados, amados.

Una observación, a guisa de preámbulo: esas categorías no se excluyen y es posible que un hijo no deseado se convierta en un hijo querido. El ejemplo más flagrante es el de Pablo, en *Une vie*. Recordémoslo: la protagonista, Jeanne, sabe que está embarazada justo después de haber descubierto que el hijo que acaba de dar a luz su criada Rosalie, es en realidad un pequeño bastardo derivado de las locuras de su marido... Esta infidelidad la indigna, su propio embarazo le disgusta, no tiene ninguna gana ni de llevar, ni *a fortiori* de traer al mundo el hijo de un hombre tan irresponsable en el cumplimiento de sus deberes. El embarazo es largo y doloroso, el parto también – se ha dicho que es uno de los más largos partos en la historia de la literatura... Y he aquí que el nacimiento del niño produce un milagro. Jeanne, observando al pequeño recién nacido prematuramente, se ve invadida por oleadas de amor: “cuando vio moverse a esa larva, cuando la vio abrir la boca, emitir gritos, cuando tocó a ese aborto, arrugado, chillón, vivo, se vio inundada por una alegría irresistible, comprendiendo que estaba salvada, protegida contra toda desesperación, teniendo allí a quien amar al no saber hacer otra cosa”. Al mismo tiempo que el niño, nace una madre que será apasionadamente abnegada. La imagen de una madre que se despierta a la maternidad durante el nacimiento de su hijo se encuentra en algunos relatos: pensemos por ejemplo en *Histoire d'une fille de ferme*, donde Rose espera un hijo del sirviente que le había prometido casarse, y que huye al conocer su embarazo. Para ella el parto es una revelación: “Rose daba a luz un niño de siete meses, un pequeño esqueleto horroroso, delgado a no poder más, y que parecía sufrir sin cesar del modo que crispaba dolorosamente sus pobres manos descarnadas como patas de cangrejo”. Y cuando Rose

es obligada a dejar a ese niño clandestino lejos de ella para poder continuar trabajando en la granja, el dolor se vuelve insoportable: “Pero entonces, en su corazón, tanto tiempo muerto, se eleva, como una aurora, un amor desconocido por ese pequeño ser que ella había dejado; [...] Lo que le faltaba sobre todo era una necesidad loca de besarlo, de estrecharlo en sus brazos, de sentir contra su carne el calor de su cuerpecito”. Rose no tendrá más que una idea en mente: trabajar duro para que a su hijo no le falte de nada y para poder reencontrarse con él. Y esos encuentros esporádicos son una fiesta: “Le invadía una alegría infinita al tomarle sus manos, al lavarlo, al vestirlo; e incluso estaba feliz al limpiar sus pañales, como si esos cuidados íntimos hubiesen sido una confirmación de su maternidad”. La condesa Mascaret, en *L’Inutile beauté*, realiza, según lo que indica el narrador “el fenómeno de la familia en el mundo”, y para prueba, Maupassant nos pinta una tierna escena: “[...] tuvo para todos sus hijos palabras cariñosas, gentiles, esos dulces mimos de madre que dilatan los corazoncitos [...] Cuando la cena terminó, pasó al salón con toda su camada. Hizo charlar a los mayores, contó historias a los pequeños, y cuando llegó la hora de que todos se acostaran, los besó durante un buen rato”. Ese espectáculo de una infancia mimada se hace más bien rara en el mundo, como lo indica el narrador, y también en los relatos de Maupassant en general, donde hay pocas familias armoniosas, niños felices y madres colmadas. Por otra parte, si la condesa de Mascaret y sus hijos parecen plenamente felices, es al precio del sufrimiento del conde, que, bajo una confesión falsa de su esposa, duda de la paternidad de uno de sus hijos...

Es cierto que la familia establece el fenómeno. En *Une vie*, Maupassant observa el fenómeno bajo todas sus facetas. Pablo, el hijo de Jeanne, presenta todas las características del niño mimado. Maupassant nos lo muestra creciendo a las faldas de su madre, único objeto de afecto y de la atención de Jeanne, a partir de entonces “indiferente a todo lo que no sea su hijo”. Pablo se beneficia del estatus de hijo único: beneficio que se produce por la fuerza del destino, puesto que Jeanne pierde prematuramente a la hija que esperaba, como consecuencia de un shock producido por la violenta muerte de su marido.

El niño confiere a su madre una fuerza de indiferencia. Comprometida en su maternidad, se desapega del resto. El lazo estrechado con el niño afloja y distiende cualquier vínculo con los demás. Con su marido en primer lugar: “[...] es curioso, ya no me dice nada. Ahora lo veo como a un extraño”; y con sus propios padres: “Julien hizo una escena terrible, que acortó la estancia de sus suegros en los Peuples. Jeanne los vio

partir sin una tristeza demasiado grande. Pablo se había convertido para ella en una fuente inagotable de felicidad”. La madre colmada es capaz de hacer el vacío en ella y en su alrededor, con tal de que su hijo pueda ocupar todo el lugar.

Jeanne se ocupa de Pablo con total abnegación. Él es el centro de su existencia y la cima del mundo. Jeanne no escuchaba “nada de lo que se decía a su alrededor”, explica Maupassant. El niño aísla. Con el hijo único, una madre solamente. Nacer, en esas condiciones, no es hablar propiamente de “venir al mundo”: la primera infancia es un largo cara a cara, un largo diálogo, a veces mudo, con la madre, única interlocutora verdadera. Entre la madre y el hijo, se impone la proximidad más estrecha, y Jeanne no soporta que un tercero pueda inmiscuirse. Está celosa de la matrona, celosa de esa intimidad de la lactancia que, rango social obliga, le está vedada. En defecto de poder alimentar a su hijo, Jeanne se deja devorar por él hasta el agotamiento. Su hijo recibe ciertamente más de lo que pide: el niño mimado es víctima de una lógica del exceso y la desmedida. Si miramos de cerca el relato de Maupassant, percibimos que Pablo esta siempre observado por el prisma de la mirada apasionadamente amante de su madre. Es un niño-objeto. No sabemos nada de lo que experimenta. No sabemos si es feliz o desgraciado, cuales son sus gustos y sus deseos, en resumen todo lo que lo caracteriza como persona. Parece soportar todo lo que se le propone. Maupassant nunca le da la palabra haciéndole intervenir de un modo directo, como lo hace con los demás personajes. Lo hace objeto de casi todas las conversaciones, pero nunca es un sujeto que habla. Dicho esto, Pablo es un niño: *infans*, se dice en latín, aquel que no habla. Los únicos balbuceos que están descritos conciernen al modo en que pronuncia el diminutivo por el que le nombra su madre: Pablete se convierte en Pollo¹, sobrenombre que le quedará hasta una edad avanzada. ¿Cómo podría hablar un Pollo? No hay más que ir a un patio o a un corral. A la muerte de su padre se convierte en “el ídolo, el único pensamiento de los tres seres reunidos a su alrededor”, a saber su madre, la tía Lison y su abuelo, el barón. Pollo es entonces educado por sus “tres madres”, como lo indica cariñosamente Maupassant. Pablo pasa, a partir del fallecimiento de su padre, por un eclipsamiento completo de la figura paterna. Y para lo que es un principio maternal, hay una exagerada abundancia. Una madre apasionada, una vieja tía bigotuda y un abuelo de otro siglo participan en su educación. La feminización del viejo barón – puesto que para Maupassant la senilidad feminiza – le impide tomar el relevo del padre:

¹ Paulet se convierte en Poulet (pollo)

la edad le ha hecho perder todos los rasgos de una virilidad que habría podido servir de modelo al joven muchacho, y habría podido constituir una forma de transfer. Las tres “madres” se reparten las tareas: Jeanne, locamente amante, llena el corazón de su hijo, el barón, que se improvisa como preceptor, intenta abrirle y llenarle la mente, mientras la tía Lison lo inicia en las realidades celestes y trata de despertar su alma a la espiritualidad. En lo relativo a la educación del cuerpo, las cosas se hacen completamente solas, al hilo del crecimiento, gracias al vigoroso temperamento que Pablo ha heredado de su padre.

Sin embargo, a pesar de la buena voluntad de sus tres “madres”, hay que reconocer que la educación de Pablo es lamentablemente incompleta. El niño mimado y querido, paradójicamente, no es gran cosa. Pablo, a los diez años, es un pequeño salvaje ignorante e inculto. Ha recibido mucho amor, pero no suficientes conocimientos que le permitan también madurar y crecer: “Era fuerte, turbulento, atrevido para trepar por los árboles, pero no sabía gran cosa. Las lecciones lo aburrían y las interrumpía a cada momento. Y, todas las veces que el barón lo retenía algún tiempo delante de un libro, Jeanne llegaba enseguida diciendo: “Déjalo jugar ahora. No es necesario cansarlo, es tan joven...”. Pablo parece, en el espíritu de su madre, estar anclado siempre a la primera infancia. Es prisionero de su estado de niño, ralentizado en su progresión intelectual. Es a la vez pagano e ignorante, víctima, como lo significa el barón en un momento de lucidez, de la “ternura desmedida” de su madre. Una infancia prolongada donde vegeta visiblemente: “La mayor preocupación del jovencito era la producción de las lechugas”, explica Maupassant, destacando así no solamente la despreocupación desenvuelta en la que vive, sino también la inconsistencia de su vida interior. En la expansión de su egoísmo maternal, Jeanne olvida que “nuestros hijos no son nuestros”, como lo enuncia el profeta Djaliil Gibran. Pablo lo es todo para ella; pero dando demasiado amor, crea un niño mal educado: no le ha enseñado a aprender. Cuando por fin, bajo las conminaciones del viejo barón, Pablo entra en el colegio, es para realizar una pobre escolaridad, más pobre aún que la de un Charles Bovary, lo que no es poco decir: “Repite cuarto curso. El tercero fue tan bien como mal; pero tuvo que recomenzar el segundo; y se encuentra con la retórica pendiente cuando cuenta con veinte años”. Ni en la escuela como en la casa, Pablo no aprende. Tanto el medio escolar como el medio familiar no parecen aptos para formar al joven Pablo de forma satisfactoria. Las dos experiencias se viven al modo de la regresión: Pablo redobla sus clases, al igual que en su casa permanece sendo el eterno niño. Creyendo que no hay un modo de conseguir

una preparación académica posible para él, ningún sistema educativo es capaz de satisfacer sus necesidades. Si Rousseau escribió *L'Emile ou l'Education*, el ejemplo de Pablo, en *Une vie*, podría proporcionar un título o un tratado de una nueva especialidad: *Pablo, o la ausencia de educación*. He aquí que, para quién ha trabajado en el Ministerio de la Instrucción Pública, parece muy poco afin a la fe comúnmente compartida por los beneficios de la escolarización. Maupassant, que permanecerá en ese ministerio en 1878, año en el que somete a Flaubert sus proyectos literarios – entre ellos el de *Une vie* – parece muy escéptico en relación a las actividades operadas en el colegio, desde el punto de vista del aprendizaje. Si Pablo cambia y se transforma, pasando por el colegio, no ocurre así seguramente en el plano intelectual. Maupassant no describe en ningún momento el contenido de los cursos; habla más bien de los tiempos “de retozar”, dicho de otro modo los recreos, que el colegial prefiere a todo; tiempo de amistad a la cual Pablo se libra completamente, él que ha pasado su infancia rodeado de adultos. La gran metamorfosis de Pablo es sobre todo física, como si hubiese necesitado abandonar el triple regazo maternal para adquirir su virilidad: “Cada vez que ella [Jeanne] veía a su hijo, le parecía que habían estado separado durante diez años. Se estaba haciendo un hombre mes a mes”. Si Maupassant no dedica más que tres líneas al curso escolar poco gloriosos del jovencito, las transformaciones físicas y psicológicas están ampliamente consignadas: “Se había convertido en un gran muchacho rubio, con una frondosa patilla y un esbozo de bigote. Era él ahora quien iba a los Peuples cada domingo. Como tomaba desde algún tiempo atrás lecciones de equitación, simplemente alquilaba un caballo y hacía el camino en dos horas”. En esa descripción, la virilidad de Pablo se afirma mediante tres rasgos: una pilosidad que se define vigorosa, una autonomía real, y un temperamento deportivo. Todo lo que aprende Pablo en el colegio, no lo obtiene de sus maestros, de lo que nada nos es dicho, sino de sus amigos. Y, en realidad, esos conocimientos deben adquirirse fuera de las paredes del colegio. Pablo franquea todas las etapas de la iniciación viril, desde las deudas de juego hasta las frecuentes visitas a una “putilla de la ciudad” pasando por las fugas del colegio. Finalmente, merced al alejamiento de sus tres madres, puede despojarse de ese apelativo ridículo de Pollo, y volar con sus propias alas... Se convierte en Pablo. Las únicas palabras suyas en toda la novela que nos han sido mostradas en estilo directo, son una reivindicación de libertad y autonomía. A su madre, que se sorprende y se inquieta oyéndole anunciar su participación en una fiesta con unos compañeros, le responde: “Voy a divertirme con mis amigos, son de mi edad.” Su apelativo ya no será

utilizado nunca más: Jeanne se conformará con nombrárselo a ella misma, presa de una melancolía próxima a la locura. En su mecánica repetición, el sobrenombre ya no remite a nadie. Pollo es un fantasma del pasado, desvanecido, desaparecido.

¿Y Pablo, ahora que ya no es Pollo? En el capítulo XI, huye a Inglaterra con la mujer a la que ama, y no aparece en el relato más que por mediación de las cartas que envía a su madre, cada vez que la necesidad de dinero se hace más apremiante. Evidentemente no es siempre fácil, leyendo esas cartas, distinguir la sinceridad de la exageración. Parece ser que Pablo ha elegido vivir según su corazón. En todas sus cartas (se cuentan seis a partir de su huida a Londres) repite su apego abnegado y permanente hacia aquella a la que ama y por la que es correspondido. Aquél que no ha recibido ningún principio cristiano o incluso moral se muestra recto en sentimientos. Resultando más olvidadizo hacia su madre, es por el contrario un amante y un compañero fiel. Sus irresponsabilidades o incompetencias financieras no parecen mitigar en absoluto su lealtad afectiva. Pablo figura como la antítesis de Julien, su padre. Éste último manifestaba una avaricia escandalosa y era poco pródigo a manifestaciones de cariño hacia los suyos (las reservaba para Gilberta, su amante). Pablo disipa y dilapida los bienes de su familia, a la que arruina literalmente. Mimado y pobre, empobreciéndose cada vez más, se muestra ingrato con su madre a la que despoja de todas sus riquezas y de toda su historia, obligándole, debido a sus problemas financieros, a vender los Peuples, la propiedad que heredó de sus padres. Por otro lado, parece generoso con su amor, y muy reconocido por las señas de amor que ella le proporciona. En sus cartas, consideraciones pecuniarias y sentimentales se suceden, y la última palabra va siempre para aquella a la que llama “mi Providencia”. Infortunio y Providencia están ligados en el destino de Pablo. El antiguo niño mimado, demasiado amado, no sabe hacer otra cosa a su vez que amar. Pablo, al final de *Une vie*, ha perdido todo: su capital financiero, y su capital social – para fundar su empresa de barcos de vapor, en Londres, lo habíamos visto renunciar a su partícula, y llamarse simplemente Pablo Delamare. Pierde también a su esposa, que muere poco tiempo después de haber dado a luz una niña, hija que escapa a su control, puesto que la confía a su madre. Aquél que, en su nacimiento, tenía todo para él, se encuentra sin nada.

Las madres demasiado amantes son entonces grandes fabricantes de niños mimados, poco armados para afrontar la vida. Lo son todo para ellas, pero ellos no son nada. Para convertirse en alguien, para existir, es necesario que se alejen – y Pablo debía ir tanto o más lejos, toda vez que tenía tres “madres” de quien huir.

Los teóricos de la educación en el siglo XIX se hacen cada vez más formales: los cuidados prodigados en la juventud para desarrollar las facultades físicas, morales e intelectuales vuelven a aflorar como prioridad absoluta en las madres. Es pues necesario formar a las muchachas y a las jóvenes solteras, para que puedan cumplir convenientemente su rol de madre. ¿No había dicho ya Leibnitz que “se reorganizaría el género humano si se reformase la educación de las mujeres”? Jeanne, en ese sentido, no había sido bien educada. Mantenido al margen de los principios que rigen la sociedad de adultos, ciega bajo la tutela de sus propios padres, necesitó esperar a la muerte de su madre para darse cuenta, leyendo su correo, que ésta había tenido un amante en la persona del mejor amigo de su marido. Carecía de ese conocimiento fundamental de las leyes del deseo y del placer, únicas vías de la felicidad en la tierra, aparentemente. Es de las cosas que una mujer debe saber imperativamente antes de ser madre: es lo que las obras como *L'Éducation progressive* o *L'étude du tours de la vie*, de Mme Necker de Saussure, muy en boga desde su aparición en 1838, establecen al alza. En esos tres volúmenes no hay más que principios que deben guiar a una madre en la educación de sus hijos, combinando virtud con sentido del deber. La moral de Mme. Necker, consiste en la abnegación de si misma, pero una abnegación positiva, lúcida y generosa, que construye lo demás sin nunca ser prisionera de una ternura ciega y excesiva. La abnegación de la madre no tiene sentido excepto que, mediante ella, el hijo se afirme. Buen número de tratados, del que se efectúa la lectura a las jóvenes, van en este sentido, y parecen querer poner un freno a los impulsos de las que miman a sus hijos: eso es lo que suscribe Barreau, en 1852, con *L'Éducationn dans la famille et au college*, (La Educación en la familia y en el colegio) o Henri Nadault de Buffón, en 1871, con un tratado de título rimbombante, *L'Éducation de la première enfance ou La femme appelée a la régénération sociale par le progrès* (La Educación en la primera infancia o La mujer llamada a la regeneración social mediante el progreso) pone las cartas boca arriba: no se puede mimar a los hijos sin riesgo a que degeneren...

Los principios de la nobleza y la moral burguesa se encuentra en este punto fundamental de la educación: para que un hijo no se mime, hay que mantenerlo alejado del pecado. Nos acordamos de esas tres madres preocupadas con la idea de que sus hijos puedan encontrarse con “mujeres sospechosas” en el tren que las conduce de Paris a Royat, en el relato titulado “*En Wagon*”. El sabroso relato de Maupassant nos muestra su conmoción, y el estilo indirecto libre deja entender sus recriminaciones de madres asustadizas: “Sin embargo no podían exponer a sus queridos hijos al contacto de

semejantes criaturas. ¿Qué podían oír, qué podían ver, qué podían aprender, si pasaban una jornada entera, o una noche, en un compartimiento que contuviese, tal vez, una o dos de esas casquivanas con uno o dos de sus compañeros?”. El sacerdote Lecuir, preceptor del hijo de una amiga, se ha encargado de las tres almas, y aloja a los muchachos en un compartimiento donde una mujer de aspecto intachable ya está instalada. El cuento continúa así: A la viajera de pronto le sobrevienen todos los síntomas de un parto inminente, el cura Lecuir le presta asistencia en su trabajo de comadrona, tras haber hecho dar la vuelta a sus tres feligreses. Los tres niños no deben mirar cara a cara el misterio del nacimiento. No deben ni ver ni saber. El parto pertenece al ámbito de lo invisible – como ese Dios al que no hace falta nunca mirar de frente, y que siempre permanece oculto. El sacerdote está familiarizado con el misterio: conversa con Dios y conoce los secretos de los hombres. En un momento se encuentra frente a eso que Courbet, en uno de sus más célebres cuadros, llamaba *L’Origine du monde*, y hace lo que puede para ayudar a la parturienta. El espectáculo de ese origen está prohibido a los niños. Su ignorancia al respecto es cultivada. La educación también pasa por el rechazo de ciertos aprendizajes. Educar es tanto dar como rechazar, afirmar como negar, revelar como ocultar. El aprendizaje de los secretos del sexo y del nacimiento debe retardarse. El niño es aquel que se calla, es también al que se le callan cosas. El silencio embarazoso de los adultos, después de la cena que sigue al episodio del vagón, es sintomático. Y cuando los niños tratan de saber, los padres intentan mantener como pueden el misterio:

—*Cállate y no te preocupes por lo que no entiendes. Los niños los envía Dios.*

—*Pero aquel niño, ¿por dónde se metió en el coche? ¿por una ventanilla?*

La señora de Bridoie se intranquilizaba:

—*Ya sabes cómo vienen todos los niños al mundo. Se los encuentra debajo de un hongo.*”

Educar, lo más a menudo, es edulcorar. Felizmente uno de esos hijos, que no tiene ni los ojos ni la lengua en su bolsillo, cierra la conversación y el relato con esta frase: “Claro que había un hongo. Pero nada más lo ha visto el señor cura.”

La infancia siempre es de un modo u otro el blanco en la cuestión de los orígenes. El inocente es aquel que no sabe de donde viene, y que no se le pregunta incluso. Aquel en el que no aflora ni la duda ni la sospecha. La mayoría de las preocupaciones que afligen a los niños, en Maupassant, nacen de esta pregunta, siempre dolorosa, porque las respuestas aportadas son tanto como pruebas a superar. El aprendizaje de la verdad de

los orígenes, en general, arruina la viuda. Se opera mediante un conocimiento brutal y traumático. Buen número de relatos plantean ese choque del conocimiento que abrumba al niño y se hunde en la desgracia. El relato *Monsieur Parent*, en su composición, ilustra ese paso súbito de la armonía al desastre. En la primera parte, Maupassant esboza un hermoso cuadro del amor paternal. Monsieur Parent, fiel a lo que indica su propio apellido, se ocupa de su hijo Jorgito de tres años de edad, con la diligencia duplicada de un padre y de una madre. Su esposa sale todas las tardes, y es él quién cuida al pequeño, lo lleva de paseo y lo acompaña en sus juegos. Maupassant nos lo describe mirando con “una atención concentrada y amorosa” a su hijo, convertido en “la más grande alegría y la mayor preocupación de su corazón”, único padre presente en el parque, y cuyo comportamiento contrasta con el de las “indiferentes criadas” y de las “madres que charlaban entre ellas”. Y he aquí que de regreso a su casa, en un arrebatado de cólera, Julia, la criada, le revela que su esposa le engaña desde siempre con Limousin, su mejor amigo, y que Jorgito no es su hijo, sino el de la amante de su esposa. Esa misma tarde, él sorprende a los dos amantes besándose. Se produce la separación: Enriqueta y Limousin desaparecen de su vida, llevando consigo al niño. Los años pasan, y el Sr. Parent, al final de la segunda parte, encuentra casualmente a esos “tres malhechores que lo habían hecho sufrir tanto”. La hora de la verdad ha llegado, y Parent quiere saber de quién es hijo Jorgito:

“Hay algo que necesito saber, que me tortura desde hace veinte años.”

Y dirigiéndose al joven, anonadado, que se apoyaba en un tronco para no caerse, le dijo:

“Escúchame. Cuando ella salió de mi casa, como si no fuera bastante su engaño, quiso acrecentar mi desesperación. Tú eras todo mi consuelo, toda mi vida; pues bien, me dijo que yo no era tu padre, que lo era el otro, y se fue, llevándote consigo. ¿Mintió aquel día? Lo ignoro. Hace veinte años que me lo pregunto. [...]

Si no queréis decírmelo, decídselo a él. Ya es un hombre; tiene derecho a saber cómo vino al mundo. [...]

“Me parece... Me parece que tampoco ella lo sabe... No lo sabe; apuesto a que no lo sabe de seguro. ¡No! Ella también lo ignora... Nadie lo sabe de seguro... Nadie... Si a un tiempo te entregabas a los dos... ¿cómo averiguar estas cosas? Tú no lo sabrás nunca, pobre mozo; no lo sabrás nunca; tampoco yo lo sabré jamás...”

Por esas revelaciones, el Sr. Parent destroza a su hijo, enfrentándolo a la incertidumbre de sus orígenes. Hace daño a aquél al que más ha amado y mimado, transmitiéndole su tortura, arruinando su existencia para siempre.

Hay tantos niños arruinados en Maupassant como cuentos sobre la paternidad ilegítima y el niño abandonado, temas predilectos que se hacen eco de un problema que apasiona a la opinión pública, y cuya frecuencia parece acrecentarse todavía más a partir de 1883, fecha en la que Maupassant se convierte en padre, como lo constata Louis Forestier en los comentarios que propone de los relatos *Un fils* y *L'Enfant*, en la colección de la Pléiade.

La inocencia no se deja desflorar impunemente. La verdad de sus orígenes produce a veces un vértigo que pulveriza a las víctimas revelando en ellos intenciones autodestructivas. Pensemos en el pequeño Simon, en *Le papa de Simon*, que quiere arrojarse al agua después de haber padecido las insinuaciones burlonas de los niños de su clase, pensemos en el suicidio de Yveline Samoris, “muchacha honrada” que descubre que su madre es una cortesana y que, desesperada por no poder cambiar esa situación, se ahoga con una “máscara de algodón” empapada de cloforomo. En la estela de Yveline, pensamos igualmente en Yvette, que, en el relato que lleva su nombre, y que es una reescritura amplificada y modificada de *Yveline Samoris*, quiere también atender contra su vida. En esta segunda versión Yvette es la hija de la marquesa Obardi, marquesa de pacotilla, que en realidad es una mujer de ligeras costumbres. Ella no ha comprendido lo que pasaba a su alrededor, “el fenómeno de inocencia más maravilloso que se pueda encontrar”, explica el narrador, que añade: “Ella vive en ese medio infame con una comodidad tranquila y triunfante, admirablemente inocente”. La joven descubre que los seres presuntamente nobles que frecuentan la casa de su madre no son más que aventureros – con los cuales su madre tiene algunos flirteos... y sorprende el abrazo de esta última con su amante del momento. No es fácil descubrir a la hija de una puta. Sin haber recibido educación en este sentido, Yvette es muy moral, y esta lucidez repentina sobre la verdadera naturaleza de su madre parece insoportable. Al no poder hacerla entrar en el recto camino, como ella lo ha soñado un instante, decide acabar con su vida. Antes de ejecutar ese proyecto se lanza, con algunos habituales de la casa Obardi, a una especie de caída macabra, último juego, última broma, adiós, bajo forma de burla al mundo de la infancia. Luego escribe trágicamente: “Muerdo para no convertirme en una casquivana”. El fin del relato difiere completamente del de *Yveline Samoris*: Yvette falla en su suicidio, y es encontrada por Servigny, que le hacía la corte desde hacía

algún tiempo. Con ese hombre que ha llegado a tiempo a salvarla, su rechazo se transforma en aceptación, y no se puede más que apreciar la ambigüedad del “Entre usted, marquesa. Ya está salvada” mediante el cual Servigny llama a la marquesa. ¿Qué es eso de *ya está salvada* exactamente? ¿Es para anunciar a los demás que Yvette a retomado conciencia? ¿Para indicar que acaba, intercambiando un primer beso con él, de dar su primer pasa en su vida de cortesana? ¿Para decir que ya no es una niña, sino una mujer?

Las revelaciones sutiles cambian el destino de los niños. Y ellos son legión en Maupassant, haciendo descubrimientos a menudo poco alegres o poco gloriosos sobre su origen. La infancia es un estado que se abandona de golpe: la inocencia o la ignorancia caen rápido, bajo el telón del descubrimiento de la dura ley del deseo y del placer que legisla toda vida. Los niños de Maupassant son todos mimados, en un sentido o en otro del término. A veces, son objetos de la exagerada complacencia de su madre. Lo más a menudo están alterados por la toma de conciencia de las irresponsabilidades o faltas de sus padres. Tarde o temprano lo pagan. La infancia es decididamente un estado problemático en Maupassant.

Traducción de J.M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>